



deleita la vista en los lindos artesanos del género grotesco, que con tanta gracia adornan la sacristía y salas capitulares. Estos fueron ejecutados por Fabricio, Granelio y

Urbino con sumo acierto y maestría: de ello podrán convencerse los lectores recorriendo tan solo nuestras páginas, y viendo sus infinitos adornos, sacados, además de los techos indicados, del inagotable manantial que existe en aquella riquísima biblioteca.

Para llegar á este apogeo artístico no olvidó Felipe II la música, aumentando la capilla de su real palacio, y fundando la del Escorial. De aquí se siguió en las catedrales y colegiatas el ejemplo del soberano, y los magnates también mejoraron sus capillas musicales, que ya desde el reinado de los Reyes Católicos sostenían con esplendidez en los alcázares; y la pintura, la arquitectura y la música tuvieron nueva vida (1).

Enriquecióse la música eclesiástica con instrumentos y combinaciones armónicas, si bien al mismo tiempo fué perdiendo su pureza y sencillez melódica en el revuelto laberinto de cánones, fugas, enigmas y cangrizantes.

La escultura del siglo XVI, digna émula, aunque en grado menor, de las demás artes, pero siempre el más propio de la antigüedad, el más identificado con el mundo artístico, depositó también sus bellezas y modelo bajo aquel techo hospitalario. Benvenuto Cellini, célebre escultor de Florencia, Juan Bautista Monegro, español, Leon Leoni y su hijo Pompeyo, La Roldan, Jacobo Trezo y José Flecha, contribuyeron con sus talentos á completar aquel bellissimo conjunto que hoy admiramos, y cuyas obras no citamos en este lugar por deber hacerlo en la parte descriptiva con todos sus pormenores.

Bien lo dice Hoppe: dos pensamientos dominan cuando se visitan esos monumentos imperecederos del arte; imperecederos sí, porque á través de los siglos va quedando siempre, aunque no sea más que una columna rota, un cimiento profundo, una yerba que crece solitaria y triste, regando con su llanto esos escombros.

La historia le señala; el viajero se detiene; conferencia con lo que fué, y encuentra en misteriosa ficción allá en su mente lo que sus ojos no pueden ya ver. Esos dos pensamientos son: Dios y el hombre.

El Dios que inspira y manda, y el hombre que obedece á esa inspiración, y que ejecuta instintivamente.

La Divinidad comunicando á la criatura uno de los resplandores de su gloria.

La trasmisión del saber al espíritu creado, y la actividad al cuerpo sólido de la tierra.

La bondad de Dios, y la pequeñez del hombre.

Hemos dicho que aquel edificio, en medio de su variedad, nunca se separa de los límites de la unidad artística, ley eterna de la belleza y buen gusto; y así es realmente: y sin concretarnos á la parte material del edificio que constituye su fábrica, en medio de aquella suntuosidad, en medio de aquella grandeza hay una cosa en la soberbia Basílica que sorprende al artista observador; esta es la exacta proporción que guardan entre sí, y relativamente con el edificio, las partes del mueblaje y adorno; verdad harto demostrable, y que se hermana grandemente con el gusto de la época. El facistol del coro, la sillería del mismo, el tamaño de los órganos, el de las verjas, balaustradas de bronce, las mesas de los altares, el templete para el monumento de Semana Santa, los demás objetos y todos los accesorios están en su debida proporción; de modo que si se hubiesen construido más chicos ó más grandes, de seguro producirían una completa disonancia, que perjudicaría al efecto de la vista y lastimaría al buen gusto.

Esta armonía parece revelar la unidad y firmeza del dogma que en él se venera, y que su fundador defendía contra las cien cabezas de la heregía; su rigor, y hasta la intolerancia de sus proporciones arquitectónicas, parecen representar la inflexibilidad de ese mismo dogma que, fundado en la revelación, ni discute con el error ni le tolera, sino que le condena.

Finalmente, vense hermanadas y combinadas en este edificio la austeridad y la grandeza. Por su magestad se eleva á Dios el alma de los fieles, y por su sencillez la conmueve y edifica: en él todo es grandioso, todo es sublime, todo armonioso y régio.

(1) Soriano Fuertes, *Historia de la música española*.

Esta, aunque ligera narracion histórico-artística, nos ha traído á la memoria un fragmento de la oda dedicada á las nobles artes, escrita por el Duque de Frias, y leída en la Academia de la Historia, que en la parte que se ocupa del Escorial dice así:

No entre cimas fragosas se levanta
 Con otra dimension la mole austera
 De esa magna Basílica famosa,
 Padron de San Quintin, gloria de Herrera.
 La prodigiosa mano
 De Sanzio, de Jordan y de Tiziano
 Su fama dilató, y allí Felipe,
 Desde el monte vecino,
 A la fábrica inmensa impulso daba,
 Y al Támesis y al Sena amenazaba.
 Sus columnas, sus pórticos, sus muros,
 Sus vastas galerías anchurosas,
 El sonante cimbório y el tesoro
 De pintura inmortal que el cielo cubre
 Del ancha escala y poderoso coro;
 El soberbio panteon, el régio alcázar
 Todo anuncia poder; mas no sus campos

De frescas flores se verán vestidos,
 Ni raudales sonoros con sus linfas
 El suelo fecundar: marmórea nieve
 Sobre las ágrías sierras, los silbidos
 Del hórrido huracán, que el cierzo ensaña
 Y el címbalo zumbando en la montaña,
 Acompañan la pompa de los reyes,
 El cortesano fausto: parda sombra,
 Con régio cetro y púrpura adornada,
 Por los claustros monásticos discurre,
 Y en la lonja espaciosa un eco en tanto
 Con ronca voz resuena,
 Al descojerse de la noche el manto,
 Hasta que ya despuntan
 Los matices del alba, repitiendo:
El sepulcro y el trono aquí se juntan.

